



MUESTRARIO DE AVES MEXICANAS

Las más bellas, singulares y divertidas

Juan José Morales Barbosa

EDITORIAL
TERRACOTA **ET**

Colección **Sello de Arena**

Contenido

- 7 Introducción
- 10 El águila arpía, reina de la selva
- 16 Los carpinteros del bosque
- 23 El ave de cuatrocientas voces
- 28 Las vocingleras chachalacas
- 33 Los auténticos chupacabras
- 40 El colibrí, helicóptero emplumado
- 46 El retorno del cóndor
- 50 El correcaminos de la vida real
- 54 Los flamencos, aves sin igual
- 64 La fragata, reina de los aires
- 70 Las garzas, princesas de los pantanos
- 81 La garza que conquistó un continente
- 86 Las gaviotas, esas desconocidas
- 93 Los dos pelícanos
- 101 Cuatro parientes del ibis sagrado
- 109 El jabirú, gigante de los aires
- 114 La fantasmal lechuza blanca
- 120 El *toj*, ave que marca el tiempo
- 126 Patos falsos y verdaderos
- 141 *Cutz*, el pavo olvidado
- 148 El ave sagrada de los mayas
- 154 El tucán, ave multicolor
- 158 El omnipresente zanate
- 165 El zopilote, basurero de noble linaje
- 174 Agradecimientos de fotografías



Garza blanca posada en una lancha.

El águila arpía, reina de la selva



Águila arpía.

Cortesía CONABIO / Gerardo Ceballos González

Las águilas son una especie de reinas de los cielos, que parecen empeñadas en lucir todo su esplendor volando elegante y majestuosamente, para que pueda vérselas desde grandes distancias remontando los altos picos montañosos, en soberbias demostraciones de su capacidad para dominar el enrarecido aire de las alturas.

Pero hay una notable excepción: el águila arpía de las selvas del sureste de México, *Harpia harpyja* para los zoólogos. A diferencia de las demás, ésta trata obstinadamente de ocultarse, permanece siempre entre la arboleda, sin elevarse nunca mucho más allá del dosel de la selva. Y no porque sea una indefensa y temerosa aguililla que trate de eludir a sus enemigos, ni porque sea demasiado pequeña o débil para volar. Por lo contrario, es la mayor águila del mundo y uno de los más temibles depredadores. En todo el mundo hay sólo otras dos que se le aproximan en dimensiones: el águila arpía de Nueva Guinea, *Harpypopsis novaeguineae*, y el águila comemonos de las Filipinas, *Pithecophaga jefferyi*, que es el ave nacional de ese país asiático.

Debido a las costumbres del águila arpía, los zoólogos tienen muy pocas oportunidades de observar-

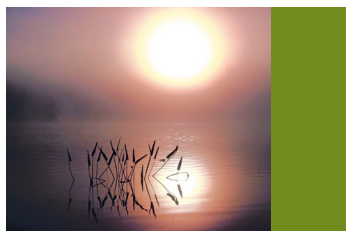
la entre la maraña de troncos, ramas y lianas de las selvas en que vive, vuela y caza. Por ello, es más lo que se ignora que lo que se sabe acerca de su biología y hábitos. Tan poco se conoce sobre ella, que incluso obras especializadas de ornitología suelen limitarse a descripciones muy someras y superficiales, o sólo la mencionan de paso, con la información básica y sin entrar en mayores detalles.

Es un ave realmente impresionante por sus dimensiones. Las hembras —hasta un tercio mayores que los machos— alcanzan 2 metros de envergadura, un metro de largo y 10 kilogramos de peso. Sus garras son tan grandes como la mano de un hombre, y sus uñas mayores que las de un oso gris y excepcionalmente poderosas, capaces de atrapar a un mono. De hecho, buena parte de sus presas son estos animales; de ahí proviene el nombre común de águila comemonos o comechangos que se le aplica en algunos lugares. Pero los relatos acerca de niños devorados por arpías son apócrifos. Aunque es quizá lo



Águila real (*Aquila chrysaetos*), la especie del escudo y la bandera de México.

El ave de cuatrocientas voces



El cenizontle, sinsontle o sinsonte, también llamado jilguero en Michoacán y *x-kok* en lengua maya, es sin duda uno de los pájaros más conocidos, pues se le puede encontrar en todo México y casi en cualquier lugar. Habita lo mismo en zonas de matorral que en las orillas de bosques, terrenos deforestados, campos agrícolas, selvas en regeneración y, en general, cualquier tipo de terreno con vegetación rala o relativamente densa, desde el nivel del mar hasta 2500 metros de altitud. No falta en las zonas urbanas, donde su inconfundible figura, con el lomo oscuro y larga cola negra con manchas blancas en la punta, puede reconocerse fácilmente en parques, patios, camellones y jardines. Se le identifica también por la forma peculiar en que mueve la cola, agitándola con brusquedad.

En realidad, hay dos especies de cenizontles en México: el común o norteño, *Mimus polyglottos*, y el tropical, *Mimus gilvus* en la clasificación científica. Ambas pertenecen a la familia de los mímidos, o Mimidae. Esta denominación proviene de “mimo”, pues las aves de esa familia se caracterizan por su gran capacidad para imitar el canto de otras aves y, en general, sonidos diversos.



El hábitat del cenizontle no excluye parques ni jardines.



Cenzontle tropical (*Mimus gilvus*).

El cenzontle común se distribuye por la mayor parte del país y más allá de la frontera norte hasta Estados Unidos y Canadá. Por el sur, su territorio llega hasta el istmo de Tehuantepec, donde se sobrepone parcialmente con el del cenzontle tropical. El área de distribución de este último, a su vez, abarca el sureste del país, Centroamérica, las Antillas y el norte de Sudamérica hasta Brasil.

Fuera de las fronteras de México hay otros cenzontles del mismo género, *Mimus*, en las islas Bahamas, las Galápagos, la Patagonia, en el extremo sur del continente americano, y otras regiones. Tienen también los cenzontles algunos primos del género *Toxostoma*, popularmente conocidos como cuítlacoches, que comparten algunas de sus características básicas. Pero nos limitaremos a nuestros dos cenzontles, que por lo demás son muy parecidos en su aspecto y hábitos, de modo que se puede hablar de ambos en los mismos términos.

Las vocingleras chachalacas



Cortesía CONABIO / Humberto Bahena Basave

Pava cojolita (*Penelope purpurascens*) en una rama con su cría.

Entre las aves más famosas y características del trópico se cuentan las chachalacas. Pero de no ser por su ruidoso canto, probablemente pasarían inadvertidas. Porque si bien son grandes —algunas especies rebasan el medio metro de longitud—, su plumaje, poco llamativo y de colores apagados café oliváceo, se pierde fácilmente entre la vegetación. Tampoco tienen rasgos que las hagan notables y faciliten su identificación. Vistas de lejos, pueden confundirse con un pavo o alguna otra ave de corral, sobre todo porque poseen una cresta parecida a la de las gallinas. De hecho, quien ve una chachalaca se siente un tanto decepcionado por el hecho de que un ave tan famosa tenga un aspecto tan ordinario.

Si a ello se añade que son muy tímidas y huidizas, y que por sus hábitos arborícolas pasan buena parte del tiempo en lo alto de las ramas, ocultas entre el follaje, dedicadas a su incesante búsqueda de insectos, semillas, brotes y hojas tiernas, o a la atención de los huevos y polluelos, se comprenderá por qué resulta mucho más fácil oírlas que verlas. Y ciertamente no se puede dejar de escuchar su canto, sobre todo por las mañanas y al atardecer, cuando organizan estridentes coros en los que una comienza a cantar y

pronto las demás aves de la bandada la secundan, repitiendo una y otra vez su áspero y rítmico ritornelo, *cha-ca-lac*, del cual, por onomatopeya, proviene el nombre común de chachalaca.

Hay en México dos especies de chachalacas: la *Ortalis vetula*, que se distribuye por el lado oriental del país desde Texas, en Estados Unidos, hasta Nicaragua y Costa Rica, en Centroamérica, y la chachalaca del Pacífico, *Ortalis poliocephala*, que es muy parecida pero un poco mayor, con unos 65 centímetros de longitud contra unos 55 de la otra. A esta especie sólo se le encuentra en México, desde Sonora hasta Chiapas.

La amplia distribución y relativa abundancia de las chachalacas, sobre todo la *vetula*, se debe principalmente a su capacidad para sobrevivir en muy diferentes tipos de vegetación. Se le localiza lo mismo en la selva que en zonas áridas cubiertas por matorrales. Además, no es muy exigente en cuanto a espacio vital. Un grupo de ellas puede pasarla muy bien en un área de entre media hectárea y dos hectáreas, a condición de que haya una vegetación lo bastante densa y variada para proporcionarle alimento abundante y diversificado.

Parientes sueleros

Las chachalacas pertenecen a una importante familia zoológica: la de los crácidos, que comprende medio centenar de especies de aves tropicales relativamente grandes y con cierto parecido con las gallinas y los pollos, por su aspecto general: su cabeza pequeña, la forma de su pico, el hecho de que muchas tienen cresta y que también se alimentan con granos, insectos, frutas, hojas y semillas.



Chachalaca *vetula*.

El colibrí, helicóptero emplumado



El colibrí, o chupaflores, suma unas 350 especies que son exclusivas del continente americano.

Una leyenda maya relata que en el principio de los tiempos el colibrí era de plumaje escaso y poco o nada atractivo, porque siendo tan pequeño había sido olvidado por las deidades que crearon y dieron belleza a las aves. Pero la oropéndola, el ruiseñor y otros pájaros de variados colores le regalaron parte de sus plumas como dote nupcial. Así fue como adquirió su hermoso plumaje tornasolado. La abeja, a su vez, le dio como regalo de bodas la capacidad de libar néctar.

Ciertamente, los colibríes, chupaflores, chupamirtos o chuparrosas, como también se les llama, son aves particularmente hermosas. Pertenecen a la familia de los troquilidos o *Trochilidae*, y sólo existen en el continente americano: no se les encuentra ni siquiera en calidad de especies introducidas en ninguna otra región del mundo. Hay en total unas 350 especies, sobre todo en las zonas tropicales de Sudamérica. En Canadá hay sólo cuatro, mientras que en Ecuador se han registrado por lo menos 163 y en Colombia 135. En México tenemos por lo menos 57 —tal vez 65—, de las cuales unas 24 son endémicas, es decir, exclusivas de nuestro país. Pero, contra lo que podría suponerse, no habitan solamente en las

tierras bajas y cálidas. Se les encuentra desde el nivel del mar hasta los 4 500 metros de altitud, y lo mismo en selvas que en bosques y desiertos.

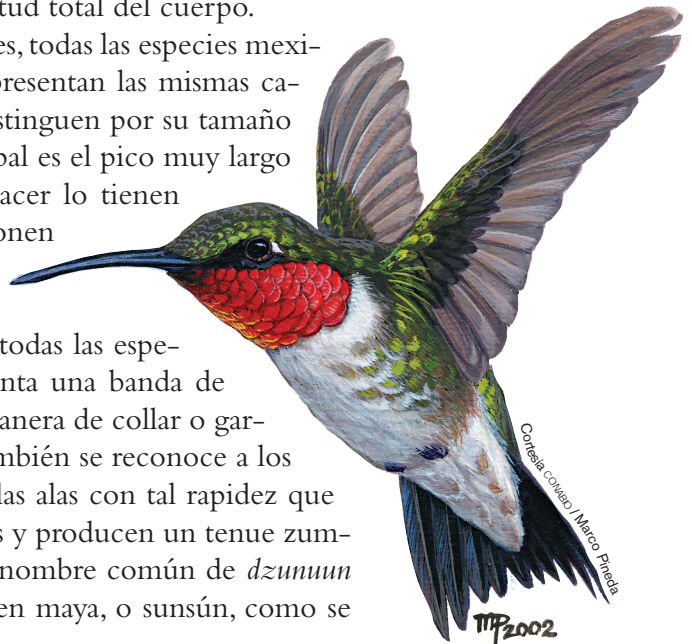
Son las aves más pequeñas del mundo. Nuestros colibríes miden 15 centímetros de largo los mayores, y apenas 6 centímetros los menores, y el más pequeño que se conoce, el sunsún pigmeo o colibrí abeja de Cuba —*Mellisuga helenae* para los biólogos—, mide escasamente 5 centímetros del extremo de la cola a la punta del pico, representando este último casi la mitad de la longitud total del cuerpo.

En términos generales, todas las especies mexicanas de chupamirtos presentan las mismas características y sólo se distinguen por su tamaño y color. Su rasgo principal es el pico muy largo y delgado, aunque al nacer lo tienen corto y ancho. Todas ponen invariablemente dos diminutos huevos, y los machos adultos de casi todas las especies poseen en la garganta una banda de plumaje iridiscente, a manera de collar o gargantilla verde o roja. También se reconoce a los colibríes porque batan las alas con tal rapidez que se ven difusas o borrosas y producen un tenue zumbido, al cual se debe el nombre común de *dzunuun* con que se les conoce en maya, o sunsún, como se les denomina en Cuba.

Solitarios y agresivos

Son más bien solitarios —excepto durante la época de apareamiento— y fieramente territoriales. Aunque se enfrentan agresivamente a cualquier intruso que dispute su territorio o sus fuentes de alimento —incluso a otros colibríes—, rara vez los encuentros terminan en daño serio para los contendientes.

Los nombres populares de chupamirtos, picaflo-



Chupaflor rubí
(*Archilochus colubris*).

Los flamencos, aves sin igual



Cortesía CONABIO / Humberto Bahena Basave

De gráciles formas, vuelo elegante y colorido plumaje, pocas aves son tan hermosas como los flamencos.* En la costa norte de la península de Yucatán habita la mayor colonia de estas aves en el continente americano. Son más de 30 000 ejemplares, que equivalen a la mitad de la población total de flamencos en el área del Caribe.

Pero los flamencos no son sólo bellos y abundantes. Ocupan un lugar único entre las aves por sus características anatómicas y singulares hábitos alimenticios, pero sobre todo son un exitoso ejemplo de protección, conservación y aprovechamiento racional de un recurso natural en beneficio de la población local. Durante años se les explotó en tres formas muy nocivas que diezmaron sus poblaciones: cacería para consumir y comercializar su carne; captura de ejemplares para venderlos como aves de ornato a zoológicos, hoteles y residencias de gente acaudalada, y recolección de sus huevos, que se consumían principalmente en las panaderías. De esa manera su número fue disminuyendo, y de haber

Pareja de flamencos en un grupo que se alimenta en aguas poco profundas.

* La denominación correcta en español es flamenco. *Flamingo* es su nombre en inglés.

continuado así las cosas habrían desaparecido o quedado reducidos a una población insignificante.

Desde hace algunas décadas, sin embargo, las autoridades tomaron medidas para protegerlos. Se prohibieron la captura, la cacería y la recolección de huevos, y sus principales territorios de alimentación y reproducción fueron declarados áreas naturales protegidas, al tiempo que se realizaron estudios científicos acerca de sus hábitos y biología, para poder protegerlos mejor. Hoy, la población mexicana de flamencos ha crecido de manera considerable, a pesar de fenómenos naturales como los huracanes y de las alteraciones causadas por el hombre en la zona costera. Ahora, en vez de atraparlos, matarlos o consumir sus huevos, los lugareños ofrecen transporte, hospedaje, alimentación y otros servicios a los cada vez más numerosos visitantes que acuden para observar especialmente a los flamencos y demás aves de las rías, lagunas y marismas.



Problemas de clasificación

Al flamenco se le reconoce a primera vista por varios rasgos distintivos: su plumaje rosado, a veces casi rojo, con las puntas de las alas negras, el pico fuertemente curvado y con el extremo de color negro, su cuello esbelto y sinuoso, mayor que el de cualquier otra ave, en proporción con el tamaño del cuerpo, y

Flamencos zambulléndose en busca de alimento.



Las garzas, princesas de los pantanos



Garza morena o gigante, o garzón cenizo (*Ardea herodias*), en un humedal.

Pocas aves son tan conocidas como las garzas. En primer término porque son muy abundantes; en segundo porque se les encuentra en muchos lugares del país; en tercero porque hay numerosas especies de ellas; en cuarto porque su figura es inconfundible, y finalmente, porque los terrenos donde habitan y los hábitos de la mayoría las hacen visibles a gran distancia. Aunque aquí hay que precisar que ni todas las garzas tienen largo cuello, pico puntiagudo y largas y delgadas patas, ni todas poseen plumaje blanco, como usualmente se les imagina.

Hay registradas en el mundo 63 especies de garzas. En México tenemos 16 —la cuarta parte del total—, de muy diversas formas, colores y tamaños. Habitan sobre todo las regiones costeras, en rías, marismas, pantanos, ciénagas, lagunas, esteros y otras zonas que los científicos denominan humedales. Es decir, terrenos planos que todo el año o parte de él se mantienen cubiertos por una lámina de agua de poca profundidad y en los cuales hay vegetación acuática. Las garzas están tan bien adaptadas a esas condiciones de inundación y suelo lodoso, que sin exageración se les podría llamar las princesas de los pantanos o las reinas del fango.

Gracias a sus patas largas y delgadas, están morfológicamente muy bien equipadas para vadear las aguas someras, y con su pico, por lo común largo, delgado y puntiagudo, pueden capturar peces, renacuajos, crustáceos, insectos y demás organismos acuáticos que les sirven de alimento. Además, gracias a sus diferencias de talla, conformación y hábitos, cada especie está particularmente adaptada a las condiciones de cada sector de los humedales, de manera que en un mismo sitio pueden convivir sin competir entre sí numerosas especies de garzas. Las de mayor talla, por ejemplo, que poseen patas más largas, pueden pescar en aguas relativamente profundas. En cambio, las garcetas, de menor tamaño, ocupan las zonas más bajas. La mayoría son diurnas, pero algunas tienen hábitos nocturnos. Unas prefieren aguas abiertas, en tanto que otras ocupan las zonas cubiertas de vegetación y permanecen ocultas en ésta. Las hay que se alimentan básicamente de peces, mientras que otras consumen sobre todo insectos y crustáceos. Y así por el estilo. Como consecuencia de esa diversificación, las garzas han podido ocupar casi todos los ambientes de los humedales, donde desempeñan una importante función ecológica.



Garcita blanca o garza nevada (*Egretta thula*).



Cortesía convaro / Mary Carmen García

Las gaviotas, esas desconocidas



Gaviota en vuelo.

La próxima vez que vaya usted a la playa, haga una prueba: tome pedazos de pan, carne, pescado o cualquier alimento, y comience a arrojarlos al aire. Aunque en ese momento no haya una sola ave a la vista, no pasará mucho tiempo —5 o 10 minutos a lo sumo— antes de que aparezcan una, dos o más escandalosas gaviotas para atrapar diestramente la comida al vuelo. Pero no deje que se aproximen a tomarle la comida de la mano. Si le asestan un picotazo, pueden herirlo seriamente. Sólo láncela al aire, lejos de usted.

Con esta sencilla y entretenida prueba podrá comprobar dos cosas: en primer lugar, que las gaviotas tienen una agudeza visual en verdad excepcional; en segundo, que se les encuentra por todas partes, incluso donde parecen no estar. Y es que estas abundantísimas aves marinas no se han visto afectadas por la acción humana ni corren peligro de extinción. Por lo contrario, han sido favorecidas por el hombre y podría decirse que están en mejor situación que nunca, a pesar de que en tiempos recientes las poblaciones de varias especies se vieron seriamente amenazadas. Hasta no hace muchos años, por ejemplo, en Yucatán era común la venta de huevos de gaviota

para consumo humano, los cuales se obtenían por cientos de millares, en verdaderas operaciones de saqueo, en el arrecife de Los Alacranes, al norte del puerto de Progreso.

También en Estados Unidos, a fines del siglo XIX y principios del XX, se vendían huevos por barriles, y los cazadores mataban gran número de gaviotas sólo para arrancarles las plumas, que se usaban en la fabricación de sombreros femeninos.

Migratorias y residentes

Todas las gaviotas pertenecen a la familia de los láridos, que también incluye a los charranes y las golondrinas marinas. En todo el mundo hay unas 60 especies de ellas, y en México docena y media, tanto migratorias como residentes (pasan toda su vida y anidan en la misma región). Algunas se encuentran sólo en ciertas zonas del país, pero otras están ampliamente distribuidas.



Bandada de gaviotas gritonas.



Cortesía CONABIO/Humberto Bahena Basaves